



Angulo del bazar marroquí

israelita que me ofrece tapices de Tetuán; el flaco arcabucero musulmán examinando con la vista el viejo *mukola*, de culata incrustada de plata, ligado con cordones que acaso pueda reparar, pero que no sabría ya fabricar otro igual; *kif kif* el sobrio mercader de botijos, felpudos y otros géneros de esparto: lo mismo el vago olor de jabón, amoníaco, cuero, tabaco en polvo, flotante sobre todo.

»He pasado estas callejuelas, triste y febril europeo, sufriendo en peso la lluvia, que caía inoportunamente, y al mismo tiempo decía para mí: El musulmán es sabio, pues se ha dicho: La mujer ha nacido para engendrar creyentes, para tejer lentamente el blando tapiz y confeccionar para mí solo uso los ligeros *ganduraks*; los corderos son para asados y comidos con el alcuzcuz reparador de las fuerzas; el judío para ocuparse de los negocios y de los cálculos; el camello para trasportar los dátiles y perfumes á lugares lejanos; la boricua para traer del huerto los higos y las sandías; el austriaco para fabricar feces; Lyon y París para difundir á lo lejos la antigua gloria musulmana de los tapices, de las pipas, de las babuchas, de las sillas de montar, cuyo diseño y forma prescribieron los antiguos; yo para saborear mi café, hacer mis abluciones, reflexionar muy bien tendido en mi hamaca, para honra y gloria del grande y poderoso Allah, cuyo nombre sea bendecido, y permitir también al rumí, mientras llega la hora de la guerra santa, afanarse, trabajar para traernos sus economías, útiles á veces á nuestros grandes jefes, y sus péndulos, agradables á veces á nuestras mujeres, caprichosas como la gacela de las llanuras sin fin.»

P. ARENE.



Sala de las hornillas económicas

## LA SOCIEDAD FILANTRÓPICA

EN LA EXPLANADA

En medio de la Exposición de Economía social, entre los suntuosos pabellones de imitación de piedra y mármol, de la Asistencia pública y de las Sociedades de ahorro y previsión, hay un pabellón más modesto, de madera recortada, pintado de blanco, con un gran espacio circuido de zarcos verdes. Una numerosa afluencia se apiña á la puerta, tan pequeña que apenas podrían pasar dos de frente, oyéndose dentro continuo ruido de vajilla acompañado de un perpetuo olor á cocina.

Entremos, pues. Oyese desde fuera el interminable rumor de los pasos de los visitantes, y esta casita de madera recuerda un tanto las cantinas de tablas improvisadas al rededor de los campamentos. Pero hay un anuncio en la fachada, que dice *Sociedad Filantrópica*, y un poco más allá, por encima de la portezuela en que se estrujan los entrantes y salientes, este otro rótulo: *Hornillas económicas*.

Se cree generalmente que los establecimientos benéficos son de institución moderna y se siente uno siempre inclinado á atribuir fechas recientes á las fundaciones humanitarias. La beneficencia, según ciertas preocupaciones, no existía hasta después del socialismo, ni el socialismo mismo existía hasta hace unos cincuenta años.

Pues bien, ¿sabéis de cuándo data la Sociedad Filantrópica, cuyo pabellón visitamos? Del reinado de Luis XVI, de antes de la Revolución. Recorred la lista de sus presidentes, de los hombres de corazón que la han dirigido y veréis en ella los nombres de grandes señores del antiguo régimen, de personajes del primer Imperio, de la Restauración y de la monarquía de Julio; encontraréis también un nombre legendario en la historia de la alimentación, el famoso nombre de Parmentier.

Esta *Sociedad Filantrópica*, que se remonta así á más de un siglo, es la misma que hacía distribuir aquellos bonos de pan, de carne y de caldos, que no todos los mendigos se aprestaban á aceptar, pues muchos de ellos se daban por ofendidos y aun se sentían dispuestos á injuriar á los que se los ofrecían. ¿Cuántos pues, entre las piadosas damas y buenos burgueses que se exponen así á las fieras miradas de los vagabundos ofreciéndoles los bonos de carne y de sopa, cuántos saben que la institución de que provienen estos bonos es tan antigua y aun tan vieja? Nada más positivo sin embargo, y la Sociedad que nos muestra hoy los especímenes de su beneficencia en el pabellón blanco con zarcos verdes, de que sale el ruido de las cacerolas y el vapor del caldo, podría formar parte, así de las exposiciones retrospectivas, como de las exposiciones contemporáneas. Ya socorría á los indigentes, cuando se tomó la Bastilla.

Una vez pasada la puerta, se entra en una sala donde comen los consumidores, sentados á unas mesitas en apretadas hileras. Esta sala, en suma, se parece perfectamente á la de un restaurant popular, y todo se sirve allí á dos sueldos. Si se pide una ración de pan, dos sueldos; si de carne, dos sueldos; si de sopa, dos sueldos; si de vino, dos sueldos; ni la ración de jamón vale más de los dos sueldos.

Para poder dar á este precio carne que sea carne y caldo que no sea agua sucia, es preciso naturalmente economizar en el personal. Por eso, no se ven en la sala comedor mozos ni sirvientas: hay simplemente en ella un postigo ó ventanillo que se comunica con la cocina, una mujer que entrega las raciones y otra que cobra los diez céntimos, yendo cada cual á pedir su ración al postigo. Por lo demás, todo marcha bien, reina el mejor orden, y la cocina, que se ve á través de una vidriera, brilla de puro limpia.

Es un modelo de esta clase de establecimientos el que la *Sociedad Filantrópica* ha establecido, por cuyo modelo piensa fundar otros muchos. Con seis sueldos á sean treinta céntimos, se obtienen una tajada de carne, una ración de pan y un vaso de vino. Con diez sueldos ¡oh! con tanto dinero se puede hacer una gran comida. En París, solamente los pobres vienen á comer á la cocina de la Sociedad: cada hornilla ó fogón cuenta así con un número relativamente restringido de clientes y se encuentra en déficit al cabo del año. Pero la hornilla-modelo de la Exposición tiene una clientela muy distinta: los obreros y los visitantes modestos vienen aquí á almorzar en multitud, de tal manera que el comedor está siempre lleno de comensales, y con esto, la cocina llega á cubrir gastos suministrando un alimento limpio y sano. ¿No es esto una lección? ¿No se está viendo que la alimentación económica sería fácil de organizar, no ya sólo para los indigentes, sino también para las gentes de pocos recursos? ¿No se aprovechará el ejemplo? En la misma Exposición tiene ya muchos partidarios. Los soldados anamitas, de guardia en las Colonias, vienen á hacer sus comidas al restaurant de dos sueldos. Se les han destinado mesas particulares, detrás del pabellón, y á ellas acuden regularmente y en pelotón, y todos estos soldados de cara amarilla, con sus uniformes de tiradores exóticos, forman á la hora de la sopa un cuadro verdaderamente pintoresco.

Pero la Sociedad Filantrópica no nos ofrece en su pabellón blanco y verde más que



La cocina de las hornillas económicas

un espécimen de alimentación. Hay también en ella especímenes de farmacia para los niños y asilo nocturno para las mujeres. Sin embargo, en estas muestras necesariamente sumarias, no se ha de ver la obra de la Sociedad para juzgarla, sino en el local que ocupa dentro de París en la antigua casa de la calle de *Saint Jacques*, donde todas las noches abre un refugio á las infelices mujeres sin albergue, y donde les ofrece una sopa, un abrigo y una cama. Sólo se puede apreciar bien aquí todo lo que la misión de la Sociedad encuentra de necesidades y miserias confesadas ú ocultas, y todo lo que tiene ella de grande, de triste y de difícil.

En la calle de *Saint Jacques*, entre el *Val-de-Grace* y los Sordo-Mudos, está pues el asilo de mujeres de la *Sociedad Filantrópica*, en una de esas casas viejas del antiguo París, destinadas á próxima demolición. Una fachada estrecha y dosimétrica, ennegrecida de humo; algunas ventanas grandes, cerradas de vidrios á pequeños cuadros y escalonadas unas sobre otras, una vieja y maciza puerta, de umbral gastado ya por los pies: tal es el aspecto de esta casa.

La puerta da acceso á un corredor embaldosado á cuya izquierda hay un postigo y á cuya derecha una sala, que sirve á la vez de recibidor y de refectorio... El corredor conduce á otras diferentes piezas: á la cocina, á la botica, donde se hacen consultas gratis, á la azufrería, donde se desinfectan los vestidos de los refugiados, á la sala de duchas; llega al pie de la escalera y sigue hacia el traspatio.